

Capítulo 4

El maestro protestante reformado

Oye a tu padre, a aquel que te engendró; y cuando tu madre envejezca, no la menosprecies. Compra la verdad y no la vendas. - Proverbios 23:22-23

En este capítulo llegamos al meollo de nuestro tema. Porque aquí tratamos no sólo lo que el maestro protestante reformado debe ser, sino también cuál es la posición del maestro protestante reformado y lo que él o ella hace. Retomaremos la verdad de que el maestro ocupa el lugar de los padres y que implica que la labor del maestro es esencialmente la de criar a los hijos del pacto. De esto se desprenden importantes consideraciones prácticas sobre las credenciales de un maestro, así como ciertas consideraciones pertinentes a los padres.

Es apropiado que tratemos el meollo del tema de la educación cristiana reformada en conexión con el maestro. Aunque es un poco exagerado decir que la escuela es sus maestros (porque Dios ha bendecido y usado escuelas que sufrieron por un tiempo con maestros pobres), la idea central de la exageración es correcta: La educación cristiana son maestros cristianos enseñando a niños del pacto.

Una vez construido el edificio, impresos los principios y completada la formación de los maestros, comienza la educación cristiana: el misterio de la enseñanza. Es un misterio. Es más que un buen plan de lecciones. Es más que un brillante erudito ante los niños. Es un don. Un buen maestro cristiano y una buena instrucción cristiana son grandes dones del Espíritu Santo. Había una buena razón para que el artículo veintiuno original del Orden Eclesiástico de Dordt pidiera buenos maestros de escuela: “Los consistorios procurarán en todas partes que haya buenos maestros de escuela.”

El maestro ocupa “el lugar de los padres”

Es parte integrante de la concepción pactada de la escuela considerar que el maestro ocupa el lugar de los padres. La escuela diurna es una exigencia de la alianza, un aspecto de la vocación de los padres en la alianza. Por lo tanto, la escuela es una extensión del hogar, una escuela de los padres, y la condición del maestro es que ocupa el lugar, o el cargo, de los padres.

Esto define la autoridad del maestro con respecto a los alumnos: no es nada menos que la autoridad de los padres, nada menos que la autoridad de Dios dada a los padres, nada menos que la autoridad mencionada en el quinto mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre” (Ex.20:12). Esto debe ser predicado a los niños por el pastor en sermones sobre el quinto mandamiento. Los padres deben inculcárselo a los hijos. Debe ser insistido por el propio maestro.

Para los padres, consentir la falta de respeto de sus hijos hacia cualquier maestro, mucho más fomentar la falta de respeto, es para los padres ayudar a hacer rebeldes a quienes Dios cortará de la tierra, y es para los padres cortarse sus propias gargantas. Es la propia autoridad de los padres en el maestro lo que están socavando. No puede haber más menosprecio de los maestros en presencia de los niños que un menosprecio de unos a otros por parte de los padres. Con respecto a las debilidades y faltas del maestro, tanto los padres como los alumnos deben tener siempre presente la instrucción del Catecismo de Heidelberg sobre cómo

Dios exige que respondamos a las “flaquezas” de quienes están en autoridad: “soportando también pacientemente sus flaquezas, pues Dios quiere regirnos por medio de ellos”.⁴⁷

Que el maestro está en lugar de los padres es la concepción histórica reformada de la educación cristiana. El Dr. H. Bouwman escribió:

La regla debería ser, que la escuela se origina con los padres. Según la ordenanza de Dios, toda la tarea de la crianza recae en primer lugar sobre los padres. Entre las muchas ayudas que sirven para asistir a los padres en esta crianza, se encuentra especialmente la escuela. La escuela asume una parte de la tarea de los padres. De esto se deduce que la escuela debe apoyarse sobre el mismo fundamento que la familia cristiana, es decir, sobre la base de la alianza.⁴⁸

Cuando Bouwman resume lo que ha dicho sobre las escuelas cristianas, su primer punto es éste: “que, según el principio reformado, las escuelas deben tener su origen en los padres”. Como base bíblica para esta postura, apela a Deuteronomio 4:9-10; Deuteronomio 6:7, 20; Efesios 6:4; y Colosenses 3:20-21.

El educador holandés T. van der Kooy escribió:

Considerando la escuela cristiana en su naturaleza, encontramos como rasgo distintivo que no pretende ser más que una escuela; es decir, una institución auxiliar de la familia en la educación de los hijos para su posición en la vida. Se contenta con esta función suplementaria.⁴⁹

Es necesario que mantengamos esta visión de la escuela frente a la impugnación de esta. El desafío consiste en considerar la escuela como una esfera independiente y soberana, de modo que el profesor sea independiente de los padres. La escuela se convierte entonces en una escuela de profesores en lugar de una escuela de padres, y los alumnos pasan a ser alumnos del profesor en lugar de hijos de los padres.

Este es el reto que plantea la ICS. Se pone de manifiesto en el credo pedagógico de Olthuis y Zylstra, que habla de un magisterio libre y soberano, al margen de los padres.⁵⁰

Pero esto es siempre una amenaza incipiente dentro de la configuración reformada. Fue una amenaza en los Países Bajos en el siglo XIX, hasta el punto de que la consigna de muchos creyentes reformados llegó a ser: “La escuela pertenece a los padres”. La implicación era: ¡no a los profesores!⁵¹ En la convención de la Unión nacional de escuelas cristianas de 1930 se propuso una escuela soberana con profesores independientes. Tras una conferencia sobre “La relación entre padres y maestros”, se produjo un debate centrado en la afirmación del orador de que la relación entre maestros y padres era la de empleador y empleado. Alguien sugirió que la posición del maestro es “algo así como la soberanía dentro de una esfera de acción determinada y particular.”⁵²

Cuando esta noción se cuele, los profesores se consideran a sí mismos y a su trabajo como independientes, resienten la “intrusión” de los padres y no se ven a sí mismos como sirvientes de los padres.

La justificación de este punto de vista es que los profesores son competentes en el campo de la educación, mientras que generalmente los padres no lo son. De hecho, en muchos casos, los padres ni siquiera tienen una buena formación. Se supone que unos educadores soberanos, sin el estorbo de unos padres torpes, conseguirán una escuela y una educación mejores.

Es esencial que rechacemos el desafío y mantengamos las escuelas de padres, tanto en la teoría como en la práctica. Una escuela de educadores no será mejor, sino que significará la pérdida de la escuela cristiana, porque se separa de la raíz de la educación cristiana, de su propia fuente de vida: la alianza de Dios con los padres y la Palabra de Dios a los padres. O perderá el apoyo -el celo de los padres y luego inevitablemente

su dinero- o perderá su carácter de pacto reformado. La escuela cristiana debe mostrarse plenamente y de todo corazón, también a los padres, como la extensión del hogar. Hay algo seriamente erróneo cuando los maestros y los padres comienzan a pensar el uno en el otro como “nosotros y ellos”. El hecho es que “nosotros somos ellos, y ellos son nosotros”.

Puesto que los profesores ocupan el lugar de los padres, son sirvientes. Debemos evitar las interminables disputas sobre si los profesores son profesionales, o soberanos, o empleados. Los profesores cristianos son siervos. Son siervos de niños mocosos, de padres incultos y de Dios; y son siervos de Dios por ser siervos de padres e hijos. Por lo tanto, los maestros son humildes, muy humildes. Pero según la ley del reino, exactamente en esta bajeza son muy grandes, tan grandes que no se les puede dar suficiente honor. El que quiera ser grande en el reino, que sea el siervo; no el señor, sino el siervo de todos, según el ejemplo de aquel que nos lava los pies y murió por nosotros.

El maestro cristiano debe ser humilde, no engréido por sus títulos, conocimientos y capacidades, sino humillado a causa de sus pecados. Vive en esta conciencia: ¿Qué tengo que no haya recibido? Como ministro, no ignoro lo que puede ser una tentación dolorosa para el maestro: la exposición al escrutinio y la crítica constantes de todo el mundo, incluidos los que están menos cualificados en el campo en el que ofrecen la crítica. Una razón por la que tantos hombres evitan o abandonan el pastorado es que en el pastorado un hombre está sujeto al juicio y la crítica de todos los miembros de la congregación. Domingo tras domingo, escolares, amas de casa y cavadores de zanjas evalúan sus sermones y no dudan en encontrarlos deficientes. Esto es un golpe al orgullo. Lo mismo ocurre con el maestro. La respuesta para el maestro es la humildad.

Que el profesor sea un sirviente no significa que cada capricho de cada padre sea simplemente cumplido por el profesor. De todos modos, esto es imposible. Hay un consejo escolar y una asociación. Pero sí significa que el maestro debe escuchar todos los caprichos de los padres y hacerlo con un espíritu que indique que conoce el derecho de los padres a hablar sobre la educación de sus hijos y que está dispuesto a dar cuenta de su enseñanza o disciplina.

La posición de siervo del maestro no significa que no se le permita ninguna libertad en la esfera de su trabajo, que se convierta en una mera marioneta de los padres. Es una advertencia a los padres para que dejen que los profesores enseñen y no estén pendientes de cada movimiento del profesor, como yo miro por encima del hombro al mecánico que trabaja en mi coche, para su gran acoso y ninguna ventaja para mí. Dentro del marco de la autoridad de los padres hay un amplio espacio para el trabajo libre y sin trabas del profesor. Es imposible explicar esto en detalle, formular un libro de códigos. El amor, la confianza y la responsabilidad siempre corren el riesgo de entrometerse, por un lado, y de sobrepasar los límites, por otro.

Ya se ha señalado la relación general entre padres y maestros. Abraham Kuyper escribió:

El padre decide en qué espíritu se educará a su hijo. La iglesia decide acerca del principio por el cual ese espíritu puede ser puramente preservado en la instrucción. El Estado decide las normas y requisitos educativos. Pero la forma en que el niño debe cumplir con esas normas y requisitos en ese espíritu y de acuerdo con la demanda de ese principio es para que los instructores decidan, los propios maestros y profesores.⁵³

Según el Dr. Bouwman, “En cuanto a la manera de instruir, la propia escuela decide, pero los padres prescriben lo que debe enseñarse y con qué espíritu”.⁵⁴ Pero la posición de siervo del maestro significa que “la escuela cristiana... se contenta con su relación con el hogar. Respeta los derechos de la familia. No usurpa ninguna prerrogativa del hogar... Nunca socava el hogar”.⁵⁵

La labor del maestro es la crianza pactual

Si el maestro está en el lugar de los padres, su tarea es la de criar o educar al hijo del pacto. Pues ésta es la tarea que Dios ha encomendado a los padres. Los padres no pueden y no pueden asignar a los maestros nada más que esta tarea. Aunque los padres pongan ciertos límites a la tarea de la escuela, el trabajo que queda es, en el fondo, la crianza de los hijos del pacto.

Por crianza se entiende el trabajo con el niño del pacto que dirige, guía y alimenta su crecimiento hasta convertirse en un hombre de Dios maduro (o “perfecto”, como suele traducirse en la versión Reina Valera). Es la crianza de Efesios 6:4: “Y vosotros, padres, ... criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. La forma en que el Dios del pacto lleva a la madurez espiritual al hijo renacido del pacto es la supervisión, dirección y guía de otros, es decir, de los padres. Los padres hacen esto mediante la instrucción, la disciplina y el ejemplo. La labor de un maestro es ayudar en esta labor, ocuparse en *esta* tarea. La labor del maestro no es sólo impartir hechos, dar conocimientos de cabeza, educar intelectos, enseñar materias con capacidad, o desarrollar plenamente las capacidades dadas por Dios, aunque no puede hacer menos que esto o algo totalmente distinto de esto. Pero debe, en todo esto, *criar al niño del pacto*. Como dicen los educadores holandeses: *Alle onderwijs moet opvoedkundig tewerk gaan* (Toda instrucción debe tener como finalidad la crianza).⁵⁶

La educación en alianza es, supremamente y siempre, una labor espiritual-ética-práctica. Este es el mensaje de todos los textos en los que se hace un llamamiento a la educación cristiana: Deuteronomio 6, Salmo 78, Efesios 6:4 y todos los demás. Ciertamente no podemos mantener la base del pacto de la educación, pero luego interpretar la educación de manera diferente a la prescrita en esta base. El niño único debe, en la totalidad de su naturaleza y en el desarrollo de cada aspecto de su naturaleza, ser nutrido espiritualmente. Tanto los padres como los maestros deben saber esto y trabajar en esta conciencia y nunca perderla ni por un momento. Cuando los padres del pacto envían a su hijo a la escuela, no dicen: “Enseña a nuestro hijo a leer y escribir”, sino que dicen: “Lleva a cabo Deuteronomio 6 y Efesios 6:4 en y a través de enseñar a nuestro hijo a leer y escribir”.

Esta preocupación ético-práctica ha sido siempre el latido y la fuerza del movimiento reformado de educación cristiana. No es que sea una característica exclusiva de la *educación* reformada, ya que caracteriza la fe y la vida reformadas en su totalidad. Pero también es cierto de la educación reformada. Más vale que prestemos oídos al hombre común, al padre inculto, al hombre que balbucea y tartamudea cuando se trata de teoría educativa, pero que habla con tanta claridad y fuerza cuando se trata de la esencia y el corazón de la educación cristiana reformada. Lamentaremos el día en que le hagamos callar o separemos la educación de su preocupación ético-espiritual, porque ese será el día en que la educación cristiana muera. Él sabe por qué quiere buenas escuelas cristianas y por qué da generosamente de su precioso tiempo (tiempo que tiene mucho menos que el erudito) y de su dinero (obtenido con sudor y sangre) para esas escuelas. A los hijos de Dios se les debe enseñar piadosamente; a los hijos del pacto se les debe enseñar a temer a Dios; a los hijos separados para Dios se les debe mantener apartados de los maestros malvados y de los hijos malvados; a los hijos santificados se les debe enseñar y disciplinar a ser santos.

A través de los tiempos, los padres creyentes hablan con una sola voz. Se oye en el padre del libro de los Proverbios: Hijo mío, el principio de la sabiduría y del conocimiento es el temor de Jehová. Teme a Jehová

y guarda sus mandamientos. Se oye en Lutero, que despotricó contra las escuelas existentes -cristianas de nombre- por una razón práctica: corrompían la mente y los modales de la juventud de la Iglesia. Se oye en nuestros antepasados holandeses del Sínodo de Dordt cuando, en el vigésimo primer artículo original del Orden de la Iglesia, se pedía “buenos maestros de escuela que no sólo instruyan a los niños en la lectura, la escritura, las lenguas y las artes liberales, sino también en la piedad y en el Catecismo”. Se escucha en los primeros colonos holandeses en América. En la primera reunión del classis de Holanda en 1848, los ministros y ancianos se enfrentaron a la pregunta: “¿Qué haremos con las escuelas para nuestros niños?”. La respuesta del classis fue: “Juzgamos que las congregaciones deben asegurarse de que sus hijos se formen en escuelas donde la influencia sea definitivamente cristiana.”⁵⁷ Hemos oído la misma voz en nuestros propios padres y abuelos. Han expresado claramente que nuestras escuelas nacieron de su preocupación espiritual-ética-práctica de que sus hijos fueran educados en el temor de Dios. Tanto fue así que hay algo de verdad en la observación de que las escuelas precedieron a la base teórica de las escuelas. La vida de pacto suele preceder a la reflexión teórica sobre la vida de pacto.

A mi juicio, nuestras escuelas tienen aquí un punto débil. No me refiero a los fallos *prácticos* de la escuela en la educación de los niños. Ciertamente, éstos no son mayores ni más numerosos que los fallos del hogar. Pero me refiero a la idea misma de la escuela que prevalece entre nosotros. Un intelectualismo malsano, una noción de que el negocio de las escuelas es solo académico, sino exclusivamente académico. Hay una vacilación, un temor, a afirmar y aplicar audazmente que la principal tarea de la escuela cristiana es la *crianza* ético-espiritual. Haríamos bien en escuchar la advertencia del educador holandés Jan Waterink contra lo que él llama “un enfoque racional unilateral en la educación”. Sugiere que se trata de un área “de importancia fundamental en la práctica de la educación”. Pone el ejemplo de un niño con capacidades intelectuales limitadas al que, sin embargo, se le acosa en la escuela para que aprenda y obtenga mejores notas y que, como resultado, se vuelve “malhumorado, huraño, fastidioso y, más tarde, quizá poco de fiar”. Lo que se olvida en tal educación de este niño, dice Waterink, es “la unidad de la vida”. Y continúa con esta advertencia:

Y así llegamos naturalmente a la conclusión de que existe un *peligro* para la vida misma en un enfoque *racional unilateral*. El intelecto humano, que todo lo disecciona, todo lo analiza, todo lo cuenta y todo lo mide, es en sí mismo producto de una actividad disolvente de la vida. Por lo tanto, cualquier ciencia y cualquier pedagogía que surja meramente de esta *ratio* aislada está condenada a la muerte; porque, aunque el hombre que te dice exactamente cuántos sépalos, y pétalos, cuántos estambres y qué pistilo ha recogido de la flor que le diste pueda hablar con mucha precisión y muy científicamente, no está hablando de la *flor* que Dios ha hecho crecer. Porque en la naturaleza no crecen estambres y pistilos, pétalos y sépalos: Dios ha hecho las *flores*.

Y quien comprenda esto, quien sea capaz de alcanzar la armonía entre la cabeza y el corazón, quien aprenda a conocer con el corazón y a amar con el intelecto -este es el conocer y amar que se menciona repetidamente en las Escrituras- experimentará también la unidad de la vida en la educación. No se dedicará hoy a la educación religiosa y mañana a la intelectual, ni se ocupará ahora de educar moralmente al niño y luego de formarlo estéticamente. Comprenderá que la vida es una, y que tanto en él, el educador, como en el niño que educa, esta única vida debe expresarse y desarrollarse según la regla dada por el Creador, para que él pueda ser, y el niño pueda llegar a ser, un hombre de Dios.⁵⁸

¿Cómo debe trabajar la escuela cristiana en esta vocación de educar a los niños? No mediante excursiones periódicas al misticismo en la línea del neo-pentecostalismo, y no mediante inyecciones del emocionalismo y la piedad superficial del fundamentalismo (“¡Niños, guarden sus libros de historia ahora, y cantemos 'Tira el salvavidas!'”).

La escuela cristiana educa simplemente siendo fiel a la base del pacto de la escuela, siendo fiel a la fe reformada. Se educa instruyendo la mente en las diversas materias a la luz y sobre la base de la Palabra, la

Sagrada Escritura, y por lo tanto relacionando la materia con Dios y relacionando al estudiante con Dios en su conocimiento y uso de la materia. El maestro puede y debe ser detallado y explícito si no se limita a impartir conocimientos, sino que, sobre todo, educa al hijo de la alianza. En la ciencia, por ejemplo, el maestro debe mostrar que la ciencia evolucionista está arraigada en la incredulidad, llevando así a casa al estudiante que al confesar la creación toma una posición por la verdad contra la mentira y está involucrado en la gran batalla de todas las edades. Debería señalar la oscura sombra de desesperación que la evolución proyecta sobre toda la vida humana: el hombre está sin Dios y sin esperanza en el mundo. Si no cita a Bertrand Russell a la clase, al menos les dejará claras las implicaciones de la teoría que ahora tiene cogida por el cuello a la educación, la ciencia y, de hecho, a toda la vida humana en nuestra sociedad, ya que esas implicaciones fueron reconocidas por Russell, quien él mismo, por supuesto, abrazó la evolución:

Que el hombre es el producto de causas que no tenían previsión del fin que estaban logrando: que su origen, su crecimiento, sus esperanzas y temores, sus amores y sus creencias no son más que el resultado de combinaciones accidentales de átomos; que ningún fuego, ningún heroísmo, ninguna intensidad de pensamiento y sentimiento, pueden preservar una vida individual más allá de la tumba; que todos los trabajos de las edades, toda la devoción, toda la inspiración, todo el brillo del mediodía del genio humano, están destinados a la extinción en la vasta muerte del sistema solar, y que todo el templo de los logros del hombre debe ser inevitablemente enterrado bajo los escombros de un universo en ruinas, todas estas cosas, si no están fuera de toda duda, son casi tan ciertas, que ninguna filosofía que las rechace puede esperar mantenerse en pie. Sólo dentro del andamiaje de estas verdades, sólo sobre los firmes cimientos de la inquebrantable desesperación, puede construirse en adelante con seguridad la morada del alma... Breve e impotente es la vida del hombre; sobre él y sobre toda su raza cae implacable y oscura la lenta y segura fatalidad. Ciega al bien y al mal, temeraria ante la destrucción, la materia omnipotente sigue su camino implacable; al hombre, condenado hoy a perder a sus seres más queridos, mañana a atravesar él mismo la puerta de las tinieblas, sólo le queda abrigar, antes de que caiga el golpe, los elevados pensamientos que ennoblecen sus pequeños días... orgullosamente desafiante de las fuerzas irresistibles que toleran por un momento su conocimiento y su condena, para sostener solo, un Atlas cansado pero inquebrantable, el mundo que sus propios ideales han forjado a pesar de la marcha pisoteadora del poder inconsciente.⁵⁹

El profesor debería indicar que la evolución produce anarquía, existencialismo (“Come, bebe y sé feliz - *este momento*- porque mañana moriremos”) y la vida hippie de irresponsabilidad. Luego puede contrastar la doctrina de la creación, mostrando cómo se basa en ella la llamada al pueblo de Dios a una vida de confianza, esperanza y buenas obras. Una enseñanza buena, completa y bíblica de los temas educará por sí misma a los hijos, por la bendición del Espíritu. Si se me permite hacer una comparación por un momento con la predicación, en la fe reformada la doctrina misma es ética, es decir, la doctrina misma inclina dulcemente al creyente a la santidad de vida. La santidad no se hilvana después, no es una “segunda bendición”.

Segundo, la escuela logra la crianza al preocuparse el maestro por otros aspectos del niño que no sean su mente. Ningún padre del pacto envía un cerebro a la escuela. Él envía al niño del pacto completo. Los maestros pueden aconsejar. Deben hacerlo. Es imposible no hacerlo. Los maestros son negligentes si no lo hacen. Este es un aspecto de la disciplina, y la disciplina es parte de la vocación de pacto de los padres que transmiten a los maestros que están en su lugar. La disciplina es una parte importante de la vocación de los padres y, por tanto, una parte importante de la vocación del profesor. La importancia de la disciplina viene indicada por el hecho de que la palabra *paideia*, que en el Nuevo Testamento significa crianza de los hijos, se utiliza a veces para referirse estrictamente a la disciplina. En Hebreos 12, por ejemplo, “castigar” es la palabra *paideia*, en otras palabras, la crianza de un niño.

La disciplina es mucho más amplia que “azotar” o “escribir líneas” o “quedarse en el recreo”. Es la estructuración u ordenación del niño y de su vida. Esto se hace en parte infligiendo algún dolor cuando el

niño peca, pero se hace en gran parte por las *palabras* de los padres y maestros, ya sea en alabanza o reprimenda o exhortación, que son la ley de Dios aplicada al niño.

El maestro debe tratar con la pereza, la irresponsabilidad, la hosquedad, la ira, la falta de respeto, el orgullo, la crueldad y el espíritu de turba. Como padre, suplico, ordeno al maestro: “¡Ayúdame aquí! ¡Apóyame, aquí! ¡Defiéndeme a mí y a mi esposa, aquí! ¡Amonesta! ¡Disciplina! Es decir, educad a nuestro hijo”. La necedad está en el corazón de nuestro hijo del pacto, pero la vara y la reprensión del maestro la alejarán de él.

En tercer lugar, la escuela cristiana educa a un niño mediante la dirección que el maestro le da en el uso de sus conocimientos y habilidades. La escuela se preocupa de que el niño tenga una mente crítica y perspicaz para cuestiones tales como cómo usar el tiempo, qué tipo de libros y revistas leer, qué tipo de música escuchar, cómo usar el dinero que ganará gracias a sus conocimientos de matemáticas y otras materias. Si mi hijo utiliza sus conocimientos de historia para ayudar a establecer el reino del Anticristo, o si mi hija utiliza su capacidad de comunicación para engañar a otros y engrandecerse a sí misma, mi único y gran propósito con la educación de mis hijos no se ha realizado, aunque mi hijo pueda ser un doctor en historia y mi hija la autora más aclamada de la sociedad.

La crianza de los hijos del pacto es responsabilidad del magisterio. Para este servicio, se le otorga su autoridad. Para ello, el maestro debe *amar* a los niños. Debe amarlos como los padres y llevar a cabo toda la instrucción en amor. Es verdad, cuando llevamos a nuestro hijo a la escuela, decimos nada menos que esto: “¡Que se críe!” Pero también decimos esto, y lo decimos primero: “¡Amadlo, como a un hijo del pacto de Dios!”

Las credenciales del maestro

Si el trabajo del maestro es criar hijos del pacto, el maestro debe tener credenciales espirituales. Debe estar lleno del Espíritu y de la gracia de Dios. El hombre o la mujer a quien confiamos nuestro hijo -no sólo nuestro dinero o nuestra propiedad o incluso nuestra salud y vida corporal, sino ¡nuestro *hijo!* - debe ser digno, debe ser digno de confianza. Lutero vio esto hace mucho tiempo y habló de “maestros y maestras de escuela honestos, rectos y virtuosos ofrecidos por Dios”. También advirtió a aquellos que rechazaban a buenos maestros cristianos, en una escuela cristiana, que “conseguirían en su lugar sustitutos incompetentes, patanes ignorantes... que a gran costo y gasto no enseñarán a los niños nada más que a ser unos completos asnos, y más allá de eso deshonrarán a las esposas e hijas y criadas de los hombres, apoderándose de sus hogares y propiedades” -una profecía cumplida con venganza en nuestros días.⁶⁰

El maestro de nuestras escuelas cristianas reformadas debe ser reformado, reformado con conocimiento, sólido y completo, es decir, reformado protestante. No puede ser meramente cristiano en un sentido amplio, un sentido en el que sienta aversión por la fe reformada. No puede ser reformado a la ligera, sin tener en cuenta ni preocuparse por el mantenimiento y el desarrollo de la fe reformada en las Iglesias reformadas protestantes. Por el contrario, debe ser confesionalmente reformado, con amor por la verdad y los principios reformados tal como los conocemos y confesamos, y con el afán de enseñarlos y aplicarlos en todos los ámbitos.

Se debe determinar si un maestro tiene o no estas credenciales. Algunos han propuesto que un consistorio tenga un comité de ancianos para la vigilancia de las escuelas, para asegurarse de que los maestros sean sólidamente reformados, así como capaces, y para asegurarse de que la instrucción en las escuelas tenga un carácter reformado. Bouwman sugiere esto:

La iglesia deja los asuntos de la instrucción enteramente a la asociación de la escuela, y pide para sí misma solamente el derecho de la inspección de la instrucción... Los consistorios deben intentar ejercitar la vigilancia (*toezicht*) sobre la capacidad de los profesores y sobre el carácter religioso (*gehalte*) de la instrucción... La vigilancia de la iglesia sobre la instrucción es deseable por estas tres razones: a. porque la fundación de la escuela es la palabra de Dios y la confesión de la iglesia, y la iglesia tiene la llamada para ver si la escuela es fiel a esta fundación; b. porque los padres se han obligado en el bautismo a ser fieles a la palabra de Dios y a la confesión de la iglesia, y la iglesia tiene la llamada para ver si la escuela es fiel a esta fundación; b. porque los padres se han obligado en el bautismo a ser fieles a la palabra de Dios y a la confesión de la iglesia. porque los padres se han comprometido en el bautismo a instruir a sus hijos en la doctrina de la Iglesia, y es tarea de la Iglesia asegurarse de que los padres cumplen su voto bautismal; c. porque los padres y sus hijos están siempre sujetos a la vigilancia y disciplina de la Iglesia, especialmente en lo que se refiere a la instrucción... Esta vigilancia no tiene que ver con la instrucción como tal, es decir, con el plan de la lección, etc., sino con la vida cristiana de los alumnos, sino con el carácter cristiano de la enseñanza... El modo de ejercer la vigilancia se determina de común acuerdo. Para ello, se puede dar al consistorio el derecho de nombrar uno o dos miembros del consejo de la escuela o de nombrar un comité especial de vigilancia.⁶¹

Esto va en el sentido del parroquialismo y de la jerarquía. No la Iglesia, sino los padres tienen la responsabilidad de determinar las credenciales de los profesores y el carácter de su instrucción. Los padres llevan a cabo esta responsabilidad a través de una asociación y un consejo escolar.

Esto significa que la junta y la asociación tienen una gran responsabilidad. La junta debe ocuparse de las cualidades espirituales del candidato. En su supervisión de la instrucción en el aula, deben hacer del carácter reformado de la instrucción su preocupación. Esto requiere miembros reformados de la junta, hombres elegidos para la junta por sus cualificaciones espirituales, así como por sus capacidades educativas. Puesto que las juntas dependen en gran medida de los administradores, se requieren administradores reformados sensibles.

Las credenciales del maestro también incluyen su capacidad para enseñar. No todo hombre o mujer bueno, reformado y bien intencionado puede enseñar. El maestro debe saber lo que hace, debe ser capaz de trabajar con niños y debe ser capaz de transmitir lo que sabe al niño.

La posesión de estas credenciales exige formación. Lo ideal es nuestra propia escuela superior para la enseñanza de maestros. Mientras tanto, los futuros maestros deben recurrir a las mejores universidades cristianas disponibles. Además, nuestros profesores más experimentados y mejor cualificados podrían dar clases a los aspirantes a profesores durante los meses de verano. La formación continua es necesaria para todos nuestros profesores. El estudio debe ser constante. Vale la pena seguir la sugerencia de Gordon H. Clark de que haya reuniones frecuentes del profesorado para discutir la visión reformada del mundo y de la vida.

Algunas implicaciones

De la posición del maestro en el lugar de los padres y de su vocación de educar a los hijos deben extraerse algunas consecuencias prácticas importantes.

Debe existir la más estrecha intimidad y cooperación entre padres y maestros. Esto se expresará y se llevará a cabo mediante reuniones y conversaciones, no más reuniones públicas sino reuniones privadas según lo indique la necesidad. Según mi experiencia, los padres somos los más culpables en este aspecto. A menudo tenemos la idea de que el profesor nos sustituye. Abdicamos en favor del profesor. Consideramos la escuela como un sustituto del hogar. Entonces ni siquiera aprovechamos los medios ordinarios de cooperación con los profesores: PTA, conferencias y reuniones de asociaciones. Por lo que respecta al profesor, debería llamar a los padres en relación con los problemas y consultar con los padres en relación con los defectos morales (pecados), y debería hacerlo pronto.

La cooperación es lo normal. Me hago eco, de todo corazón, del comentario de van der Kooy:

Espero fervientemente que nos ahorremos el desafortunado conflicto entre padres y profesores que a veces se ha predicho. Éstos deberían, por todos los medios, permanecer hombro con hombro en el cumplimiento de la sagrada vocación de educar.⁶²

Es esencial la unidad del hogar y de la escuela, del padre y del maestro, en lo que se refiere al niño y a su educación. El hogar y la escuela deben ser uno en mente, uno en voluntad y, sobre todo, uno en corazón en cuanto a quién es el niño, cuáles son la instrucción y la disciplina requeridas, y quién es Dios. En este punto, el trabajo de la iglesia es crucial: predicar al hogar y a la escuela por igual la mente y la voluntad de Jesucristo. La unidad de nuestros hogares y escuelas es algo raro hoy en día. ¡Pidamos a Dios que no la perdamos!

También se da a entender que el maestro debe estar asombrado con su llamado, tal como lo está el padre. Debe sentir que no aceptaría un puesto así ni por un millón de dólares, y que no podría dejarlo ni por dos millones. Con esta actitud, dependerá de Dios para realizar su trabajo y rezará constantemente para obtener su gracia. También será diligente. Dará todo lo que tiene. Si alguna vez ha habido un llamado que justifique sacrificio y esfuerzo más allá del llamado del simple deber, enseñar a los niños del pacto es este llamado. Finalmente, los maestros deben ser altamente honrados. Se les debe pagar bien. Deben ser respetados. Lutero lo dijo a su manera inimitable:

Simplemente diré brevemente que un maestro o profesor diligente y recto, o cualquiera que fielmente forme y enseñe a niños [¡y niñas!], nunca puede ser recompensado o retribuido adecuadamente con ninguna cantidad de dinero, como dice incluso el pagano Aristóteles. Este trabajo es tan despreciado entre nosotros como si no significara nada. Y aun así nos llamamos cristianos. Si pudiera dejar el oficio de predicador y mis otros deberes, o tuviera que hacerlo, no hay otro oficio que prefiriera tener que el de maestro de escuela o profesor de niños; porque sé que, junto con el de predicador, éste es el mejor, el más grande y el más útil que existe. De hecho, apenas sé cuál de los dos es el mejor. Porque es difícil hacer obedientes a los perros viejos y piadosos a los bribones viejos; sin embargo, esa es la labor en la que el predicador debe trabajar, y a menudo en vano. Los árboles jóvenes son más fáciles de doblar y educar, aunque algunos se rompan en el proceso. Sin duda, una de las virtudes supremas en la tierra es educar fielmente a los hijos de los demás.⁶³

Capítulo 5

El objetivo de la educación reformada

A fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. -2da Timoteo 3:17